

—No, el acusado no es culpable.

En la mayoría hay circunstancias atenuantes en favor del acusado.

La Sala, sobre la requisitoria del Abogado general, se retira á deliberar y vuelve bien pronto con la sentencia siguiente:

*Vista la declaración del Jurado, de la cual resulta que Jorge Hamel es culpable de haber.....*

*Considerando que hay en favor del acusado circunstancias atenuantes,*

*Vistos los artículos 2.º, 296 y 297, los cuales están concebidos de este modo.....*

*Condénase á Jorge Hamel á cinco años de trabajos forzados.*

Cuando el Presidente pronunció estas palabras: *trabajos forzados*, una voz exclamó:

— ¡Oh, Dios mío!

—Después una mujer que estaba sentada en el banco de testigos, se desvaneció. Era la señora Hamel.

Jorge hizo un movimiento para lanzarse en su socorro; los Gendarmes lo detuvieron. Entonces toda la energía que había demostrado hasta aquel momento, le abandonó, y por sus mejillas corrieron las lágrimas.

Y mientras se transportaba á la señora Hamel fuera de la Sala, el Presidente continuó:

*Y para pagar los daños y perjuicios irrogados á la señorita Cora, se le condena á pagarle una suma de treinta mil francos, pagadera en el plazo de tres años. Se levanta la sesión.*

.....  
Hacia el mes de octubre del mismo año, la señora Hamel se establecía en Tolón á fin de estar más cerca de su hijo, que acababa de ser transportado á presidio.

FIN DE LA PRIMERA PARTE

## SEGUNDA PARTE

El diario de una joven.

I

8 enero 1867.

**L**A tornera acaba de entrar en clase con ese discreto apresuramiento y ese modo de andar que caracterizan su persona, como su capillo negro adornado de estrecha puntilla. Ha dicho dos palabras á la madre Saint-Joseph, que vigila el estudio, y la cual á su vez me ha dicho en voz baja que pedían hablarme y que á pesar de no ser hora á propósito, me autorizaba para bajar al locutorio.

¡Una visita fuera de las horas reglamentarias! ¿Quién podrá ser? Enseguida me pongo la esclavina y los guantes y salgo. En el locutorio me he encontrado con mi padre que me esperaba con impaciencia. Me ha abrazado con más efusión que de ordinario y me ha dicho:

*Querida niña, puedes comprender qué placer tan grande experimento al estrecharte entre mis brazos; largo tiempo he creído que no te volvía á ver. Mientras que quizás tú me acusabas de olvidarte, yo pensaba mucho, muchísimo en tí; no quería causarte un pesar inútil, diciéndote que estaba en peligro, pero me prometía vivir sólo para tí si volvía á la vida. Hoy cumplo mi palabra y te vengo á buscar; vas á dejar el convento. He enterado de mi resolución á la señora Superiora que no me la ha aprobado; tiembla por tu porvenir, y hasta me ha reprochado de egoísta. ¡No temo nada!*

*No, no soy egoísta; todo lo más seré débil. Pero no se me persuadirá nunca de que le esté prohibido á un padre velar sobre su hija.*

Al hablar así, su voz estaba emocionada; me besó de nuevo, y estrechóme entre sus brazos con todas sus fuerzas. ¡Pobre padre! Ha estado en peligro y no he sabido nada. Me ama, lo sé, y yo también le amo con todo mi corazón. ¿Pero lo sabe él? ¿Cómo dudarlo? Es aquí donde le he visto más; en esta gran sala destartada, fría, los días de visita, en medio de otros grupos, entre los cuales se cambia á hurtadillas, dulces y caricias furtivas.

*Estate tranquila, querida niña, ha continuado mi padre; viviremos juntos y felices; reemplazarás á tu pobre madre, serás mi ángel bueno, darás á mi vida un objeto serio.*

Yo hubiera querido responderle, pero la madre Superiora entró en aquel momento; he esperado en silencio, con los ojos bajos, el pequeño discurso, de cajón en estas circunstancias, y he aquí en breves palabras lo que ha querido darme á comprender con una larga serie de reticencias y variedades, dichas en un tonillo especial que me es imposible imitar.

*Mi querida niña, me ha dicho, os devuelvo á vuestro padre... aquí una larga pausa, un suspiro... y cierta expresión que dice claramente. Esto es lo mismo que si os entregara al Minotauro. Luego añadió: Temo por vos, los peligros de ese mundo que no conocéis; hubiera querido guardaros todavía, pero nos dejáis para seguir á vuestro padre; nada tengo que decir. Esto significaba: ¡Sois una ingrata! Hemos tratado de ligaros por todas las fibras del corazón, y he aquí que de pronto rompéis todos esos lazos!*

Al partir, no partiré sin pesar. Lo siento por mis compañeras y varias religiosas que han sido muy buenas para mí, aunque yo no haya podido nunca aficionarme como hubiera debido á esas santas mujeres. ¿Y sabéis por qué? Es porque hay que llamar á cada una de ellas: ¡Madre! ¡Oh! ¡Eso está mal! Obligar á una pobre niña á dar á una extraña ese nombre tan sagrado... el único con que puedo llamar á la santa que invoco todos los días. ¡Sí! Invoco

á mi madre. Sí, la ruego; tengo un culto para su memoria. Era muy joven cuando la perdí, pero esta muerte no nos ha separado. Sentí entonces que una parte de mí misma, la mejor, remontóse al cielo. Desde allí me vienen las buenas inspiraciones. Esa santa influencia me sostiene; me envuelve como en una atmósfera celeste. ¡Mi madre! Jamás la he invocado en vano; y si alguna vez me amenazara algún peligro, vendría á mí, me protegería, me salvaría. ¿Pero cuáles son esos peligros del mundo, esos peligros desconocidos de que sin cesar se nos habla? Se diría que tras de la puerta de esta casa bendita están emboscadas mil legiones de diablos. ¿Por qué no se nos señalan esos escollos hacia los cuales marchamos? Están cerca de nosotras, son inevitables y sin embargo, esas mujeres prudentes que saben enseñarnos, como Jérosabel puso los cimientos del segundo templo, no pueden decirnos los medios de escapar á los terribles peligros que nos amenazan. Voy, pues, á afrontar ese Océano y esas tempestades. Héme lanzada en plena mar, porque ayer dejé el puerto, es decir, el convento. Mis gruesos zapatos y mi sombrero con dos plumas, una negra y otra rosa, hacían un efecto bastante ridículo en nuestro elegante carruaje. Ya estoy instalada en nuestra casa, podría decir; mi casa, porque mi padre quiere que sea la única dueña. Jamás podré hacer sentir bastante el efecto de este contraste. Ayer aún, me acostaba en un largo dormitorio, con paredes pintadas de amarillo, iluminado por una agonizante lámpara suspendida de una plataforma. Hoy, héme en una habitación coqueta, color rosa, tapizada, llena de elegantes muselinas é iluminada por luz que diríase despiden olorosos perfumes. Esta es mi habitación; ¡Cuánto halaga este pronombre posesivo! ¡Mi habitación, para mí sola, mi imperio, mi dominio! Tengo un gabinete de estudio que da á un gran patio, en el fondo del cual se percibe una encantadora casita, aislada, misteriosa, tapizada de flores.

## II

10 enero.

Al entrar ayer en casa de mi padre, salté al cuello de miss Dowson, instalada desde la víspera en una habitación contigua á la mía. Según su costumbre, la digna persona, no contestó en igual forma á mis explosiones de ternura. ¡Qué extraño que con un corazón como el suyo, sea tan frío, al menos en la apariencia! ¡Quién podría creer que viéndola de ese modo, alta, seca, amarilla, silenciosa, su rostro duro, rodeado por largos cabellos blancos, que sea el modelo del desinterés! Un desinterés mudo, impasible, al cual los mayores sacrificios no cuestan nada, al que la abnegación le es una cosa muy natural. Su gran estudio consiste en mantenerse siempre en el último plano. Marcha sin ruido; se hace impalpable, no pudiéndose hacer pequeña. Su cuerpo parece estirado y pasado por un laminador. No tiene más que huesos y músculos. ¡Oh! Puedo insistir sobre sus defectos físicos; parece que hacen resaltar sus cualidades morales. Su alma es aún más grande que su estatura.

.....  
 ¡Y bien! ¡Vamos! He aquí que el mundo, desde mis primeros pasos, se me presenta de un modo encantador. Miss Dowson ha educado á mi madre. Me parece que mi existencia data desde el día de aquella terrible escena cuyo cuadro desgarrador se presenta frecuentemente á mi imaginación. Yo era muy joven, tenía ocho años; veo á mi madre acostada, moribunda, joven y bella á pesar de su palidez; veo sus negros cabellos sueltos, alrededor de su adalgazado rostro. Mi madre me llama y coloca mi mano en la huesosa de miss Dowson, quien con voz grave

y emoción que quiere comprimir, hace una promesa, cuyo sentido no he comprendido hasta más tarde. Una promesa que tiene todavía en este momento y á la cual mi padre está asociado; acaba de explicarme que si él ha podido llevarme á su lado, es porque mi vieja amiga me sacrifica su reposo y acaba de ocupar cerca de mí el puesto que mi madre le había destinado.

.....  
 Esta mañana he dado á la hija del portero mis zapatos y sombrero del convento. He escogido en casa Meier elegantes botinas; he recomendado que me pongan muchas flores en un hermosísimo sombrero de muselina que me traerán enseguida; mañana me compraré trajes á la moda más reciente, y ahora ya me siento transformada! ¡Ah! ¡Dios mío! ¡Quién sabe si algún día seré bella? En la actualidad soy, si no fea, al menos incontestablemente desgraciada; mis facciones muy achatadas, con un pescezo muy estrecho por la parte de la nuca, ofrecen un vago parecido con un gorro de seda. ¡Pero paciencia! Tengo largos y espesos cabellos negros que participan de la dilatación de todo mi ser; no le será prohibido un poco de libertad. No soy muy pálida ni tengo el tinte elegiaco. ¡Ah! Si hubiese podido ser rubia y vaporosa, y tener fácilmente ataques de nervios como la señorita Georgina de Mailly, que la cogen cuando se impacienta, hubiera sido más apreciada. En revancha entreveo ventajas que se hacen valer por sí solas; una nariz delicada, ojos muy expresivos... Decididamente mi retrato se detiene aquí, no tengo valor para analizarlo con más detención; no debo, y sin embargo, quisiera ser bella, pero para mí. Podría decir: para la satisfacción de mi conciencia, porque me parece que se debe poner en el número de los deberes de la mujer la obligación de agradar, y por ahí ejercer todo su imperio. Una mujer que renuncia á agradar á los que debe amar, á extender á su alrededor una feliz y saludable influencia, es una Reina que abdica. Yo no abdicaré; quiero seducir á cuanto se me aproxime. Ya he empezado mi trabajo; he buscado sedu-

cir á miss Dowson, pero si he obtenido éxito no ha sido aparente. ¡Es una roca, esa mujer! Ha sido un hielo á todas mis caricias. Decir que siempre tiene *cara de perro*, no sería una cosa exagerada, conociendo su carácter; presenta siempre la misma aspereza, aun con los á quienes quiere, y sé muy bien que estoy entre los primeros de este número. ¡Es igual! No rebotaré, agujerearé esa roca, introduciré una mina en ella, y el mejor día, á la primera chispa saltará.

16 enero.

¡Ah! ¡caramba! he conquistado un ferviente y apasionado adorador, es mi padre. No podía suceder otra cosa; ya me lo imaginaba yo. ¡Ah! señor, padre mío, porque me veáis devorar como una glotona los dulces y chocolate que me llevaba al locutorio, porque me limitaba á pedir os noticias del perro ó me quejaba de los apretones de manos; ¡pensabais que era tonta y que no tenía corazón ni inteligencia! ¡Pues bien, dejadme hacer y veréis! El corazón no puede ex- ansionarse si no goza de cierta libertad. Cuando me aparecáis en vuestras raras visitas, con un rostro distraído sobre el cual leía señales de preocupaciones de las que ninguna confianza me hacíais, me encerraba en mí misma; esto es muy sencillo. Ahora me pertenecéis, os lo advierto, y va á haber entre los dos una lucha terrible. Aunque muy joven, soy más mujer de lo que parezco, y he adivinado, he presentido, si queréis mejor, un misterio del que tendré la clave. ¿Por qué esas preocupaciones de que hablaba antes, á las cuales sucedían alegrías y ares emocionados que debían tener algún motivo? ¿Por qué mi madre lloraba algunas veces cuando se hallaba sola? ¿Por qué aquel aislamiento que ella había tomado por costumbre? ¿Por qué me llamaba de pronto para abrazarme convulsivamente, en silencio, y mirarme de un modo fijo en los ojos, hasta el fondo del alma? Quizás sentía la muerte próxima. Quizás comprendía que muy pronto no estaría para protegerme, y tranquilizarse ojeando mi corazón y ver en él mi porvenir. Pues

bien, madre mía querida; soy una joven honrada y recta, me atrevo afirmar y si te he comprendido no debilitaré en la misión que me has dado en silencio. Por restringida que sea la competencia de una joven, tiene, sin embargo, su papel en la familia. Mientras vive alejada de la casa paterna, piensa poco ó nada en estas cuestiones, que vienen de pronto á ocuparla y cuyo pensamiento, asaltándola, la transforma y madura.

20 enero.

.....  
Mi padre ha querido hacerme ver las curiosidades de la capital, absolutamente como si llegara de provincias. Vengo de más lejos aún y tengo todos los asombros naturales á ello. El proyecto de excursión ha sido concertado ante mí, con mis Dowson.

—Iremos á visitar,—ha dicho mi padre,—la *Sainte-Chapelle*, *Notre-Dame*, el *Museo de Cluny*.

—¡Oh,—ha hecho observar miss Dowson con su voz británica, á la vez gutural y aguda, que le es propia,—el Museo Cluny!

Me ha parecido que al decir esto, los huesos de sus pómulos se cubrían de ligero color rojo.

—No os gusta la colección Du Sommezard,—ha dicho mi padre.—Muy bien! quemaremos el Museo de Cluny; quiero decir que lo dejaremos á un lado. ¡Diablo! nada de anfibología. Nos refugiaremos en el Museo del Louvre; veremos los salones de pintura y escultura!

—¡Oh! ha dicho aun miss Dowson,—¡los salones de escultura!

—¿Es preciso quemarlos también? Sea.

Hemos partido después de haber dado orden al cochero de que nos condujera á *Notre-Dame*. En el camino mi padre ha dicho:

—¡Qué barrio tan malo vamos á atravesar! ¡Si reemplazáramos este paseo con una vuelta por el bosque!

—Como tú quieras, padre querido,—he contestado.

Y he aquí cómo he visto las curiosidades de París. Verdad es que por la noche para distraerme y á pesar de las observaciones de miss Dowson, he puesto por primera vez los pies en un salón de espectáculo. He oído la *Dama blanca* en la Opera Cómica. Un amigo de mi padre ha venido á nuestro palco. Se llama el Conde de Mézin; tendrá unos cuarenta años, su aspecto irreprochable, sus maneras distinguidas. Se ha encantado de mí. Mi padre parece quererlo mucho; no me preguntó más que si he de ser muy amable con él. He aquí, pues, uno más á quien podría con acierto hechizar.

## III

26 enero.

Tengo una idea soberbia, ¡oh! una idea tan sublime, tan admirable, que está destinada á revolucionar el globo. La prueba de que no exagero es que desde el primer momento acaba de producir un milagro; ha fundido el hielo de miss Dowson; no he tenido más que exponerle mi idea, y sin contestar, miss Dowson me ha abrazado. He creído un instante que ella iba á llorar, pero me he engañado. ¡Dios mío! ¡Dios mío! Haced que sea sólo mía la idea! Haced que nadie la haya tenido antes que yo. ¡El resto poco me importa! Tendré al menos el mérito de propagarla, de triunfar de los obstáculos. He aquí cual es: he encontrado el medio de suprimir todos los pobres; ya no habrá más, ni uno, en París y demás sitios á donde alcance mi voz. Ahora bien, para esto, ¿qué es preciso? Casi nada. Es necesario sencillamente que todos los habitantes de una casa se reúnan para adoptar entre todos á una familia, una sola. Ved qué carga tan imperceptible impone esto á cada uno de ellos. El propietario cede gratis, según la importancia de su propiedad, sea

una pequeña habitación para una familia numerosa, sea un gabinetito para un anciano ó un enfermo ó achacoso. Un pedazo de pan suprimido á la ración diaria de cada inquilino, alimenta á la familia adoptada. Los trajes de deshecho son puesto aparte para ella; los comerciantes les darán las mercancías algo averiadas. Lo supérfluo que se pierde, encuentra su empleo y se convierte en riqueza; este pan de que alimento á mis pobres, no es el pan de la caridad legal, no es el pan humillante de la limosna, no; creo un lazo que aproxima los felices de este mundo á los desgraciados; el patrocinio antiguo de la cristiandad, es casi un lazo de familia; es la vecindad de la que hago una guerra.

—¡Sueños de joven!—ha dicho mi padre moviendo la cabeza con aire indulgente, cuando le he expuesto mi proyecto.

Esta palabra me ha oprimido el corazón. ¡Oh! lo comprendo, reflexionando mejor. Los hombres hacen poco caso de las ideas que no ven transformadas en hechos, y tienen razón. ¡Pero paciencia! Que yo llegue á reunir un pequeño número de personas que consientan en ayudarme en esta cruzada contra la miseria, y se verá. ¡Que! desanimarse por una palabra, es muestra de un corazón cobarde y yo siento que el mío es valiente. Iré hasta el cabo. He aquí precisamente al señor Mézin; voy á participarle mi idea; ¿qué me contestará? ¡Vamos! una decepción más. Ha sonreído con esa sonrisa indulgente que parece ser la contestación con que los hombres nos acogen cuando tratamos de dejar nuestro papel de muñeca de resorte. Pero le he dejado encerrarse en ese silencio y he exigido objeciones.

—Me son precisas,—he dicho,—sino no desisto.

—¿Objeciones?—me ha dicho sonriendo,—abundan, señorita. Sabed desde luego, que sin daros cuenta, os inclináis al comunismo.

No he comprendido lo que decía pero me he guardado bien de interrumpirle; más tarde tendré tiempo de saber qué es eso del comunismo.

—Y ya veis, multiplicar los socorros es multiplicar el número de pobres.

—Desde luego,—he contestado,—si habláis de socorros de los que propagan la pereza; pero yo os hablo de la intervención de los ricos precisamente para estimular el celo de los que pueden trabajar y para procurarles trabajo.

—Sí, comprendo bien, la fraternidad universal; eso es una utopía, creedme.

—¡Una autopia! He ahí una palabra extraña; la odio por intinto. Me hace el efecto de una vil cerradura destinada á cerrar la puerta á todas las buenas ideas. Por amor de Dios, ¿qué sabéis si es una utopía? Probadlo al menos; la cosa vale la pena. Cuando hayáis sido desengañados, entonces hay tiempo para pronunciaros.

1.º febrero.

.....  
 ¡Victoria! ¡Oh! una victoria bastante débil, pero al fin he dado un paso en la realización del proyecto al cual me consagro, porque soy obstinada. No me queda más que instalar un pobre en cada habitación de las 68.998 casas, para no hablar más que de París, que me han dicho contiene ese número. Es á mi padre á quien debo este éxito. Yo había comprendido muy bien que no podría pasar conmigo todas sus veladas. En los primeros días renunció á su círculo; ha vuelto, á instancias mías y al día siguiente me ha traído un grueso rescate, el precio de su libertad; quinientos francos para mis pobres. Además me ha autorizado para poner en práctica mi pensamiento favorito: nuestra casa tendrá su familia adoptada, pero basta el presente, por desgracia, adoptada solo por mí. Yo veré el medio de que acudan al llamamiento todos los vecinos, y de reunir en una familia los raros inquilinos que habitan con nosotros, nuestra casa de la calle Léonie. Debo ocuparme de los que nos rodean; no son muy numerosos. Encima de nosotros vive un joven Médico, de gran renombre ya, el señor Pablo Combes. Le he visto muy poco y sin embargo he contraído con él una deuda de reconocimiento por los desinteresados cuidados que ha prestado á mi pa-

dre. Está absorto por su profesión: creo sin embargo que podré contar con él. En el fondo del patio hay un pabellón que precede al jardín y está ocupado por una dama anciana, que vive sola con su hijo. Se llama señora Gérard. La encuentro todos los días en misa, la saludo y me mira con visible interés. Parece que vive muy retirada y que no recibe nunca á nadie. Yo quiero á todo el que se pone como hacemos ella y yo, todos los días, en presencia de Dios. Me es extremadamente simpática. Hay en sus maneras una reserva, una discrección llena de nobleza y de valor. Ella y su hijo parecen sufrir uno por el otro. ¡Si pudiera sorprender su secreto! ¡Quisiera tanto sufrir por mi padre!

Se les vé á ambos cuidar con amor su jardín, y el pequeño invernadero adosado en el muro de la derecha. Ponen en él las flores más raras y más bellas; es un verdadero Paraíso, cuyas magnificencias atraen á pesar mío la atención. Adoro las flores, y confieso que algunas veces miro de reojo las que guarnecen y embellecen el fondo de nuestro patio. Algunas veces escucho también, y entonces oigo valsos de Chopin, fragmentos de Schubert ó de Mozart, ejecutados en el piano con un sentimiento exquisito y profundo; es el hijo de mi vecina, señor Jorge Gérard. Me parece que mi doncella me ha dicho que se llama así. Pienso, no sin un poco de enfado, que si el sonido de su piano llega hasta mí, debe él oirme también, y no me atreveré más á tocar los trozos que él ejecuta; con seguridad lo hago peor que él y parecería querer entablar un diálogo musical con ese joven á quien no conozco.

## IV

5 febrero.

Esta mañana, he oído un gran ruido enfrente de las ventanas de mi habitación que dan á la calle.

—Desenganchad,—exclamaban varias voces,—no podrá levantarse, tiene la pata cogida bajo las varas, la cabeza ha dado sobre el pavimento.

Una voz avinada, brutal, común, dominaba las demás.

—Mezcláos en vuestros asuntos,—gritaba,—yo conozco mi oficio, no tengo necesidad de vosotros.

Y se oían grandes latigazos, de esos que se oyen continuamente por París, latigazos terribles, latigazos de carretero encolerizado; tienen un sonido particular que os desgarran los oídos y el corazón. Cuando pasan escenas de este género, jamás me asomo á la ventana; sería proporcionarme emociones inútiles. ¿Qué socorro puedo prestar á esos caballos á los que se martiriza?... Ni aún puedo unir mi voz á los que interceden por ellos. Si fuese hombre, querría lanzarme á la calle, ayudarlos á levantarse, calmar sus sufrimientos, castigar á sus verdugos, quisiera... Però si la grandeza de Luis XIV, le detenía en la playa, mi posición, mi sexo, me detienen en la ventana, hasta el punto de no aparecer en ella. Sin embargo, hoy el ruido aumenta de tal modo, un rumor tan extraño llena la calle, que la curiosidad se apodera de mí; me lanzo á la ventana, la abro y por detrás de las persianas miro. ¡Ah! ¡Dios mío! ¡esto es horroroso! Una pesada carreta llena de piedras está allí, en medio de la calle, á algunos metros por debajo de mí. En un caballo de varas, un pobre animal viejo, achacoso, todo huesos, ha resbalado en el pavimento y caído; una de sus patas está medio rota, su gran cabeza blanca, inteligente todavía, á

pesar de los sufrimientos y la vejez está tendida en el suelo; por su boca sale la sangre á borbotones y de sus ojos medio cerrados se creería ver salir gruesas lágrimas. Algunas piedras de las que contiene la carreta, en virtud de la inercia han marchado violentamente hácia adelante, en la caída, dando sobre la grupa de la pobre bestia y cargando sobre ella todo su peso. Pues bien; sobre ese animal débil y herido, casi próximo á morir, es sobre quien se encarniza ese hombre. Quisiera que se levantara enseguida y le pega para que lo haga. ¡Qué infamia! ¡Dios mío! ¡qué infamia! ¡No vendrá ningún Municipal para hacer cesar esta escena! No, los Municipales, me decía el otro día mi padre, no se encuentran jamás donde se les necesita. ¿Todas esas gentes que están ahí, bajo mi ventana, que ven lo que pasa, no tienen corazón? Desde la acera miran, reflexionan y dan consejos. Sin embargo, un anciano señor ha avanzado y dicho:

*Estáis en un error, amigo mío, con pegar así á este animal.*

El carretero se le ha reído en las barbas y ha hecho sonar el látigo fuertemente; el anciano señor ha tenido miedo y no ha tardado en desaparecer entre la multitud. Algunas almas caritativas, forzoso es convenirlo, han levantado las piedras que cubrían la mitad de la bestia. Otras se han inclinado detrás del vehículo y tratan de levantarlo. Però el caballo sigue sufriendo cruelmente; las varas levantadas por intermitencias; caen enseguida con todo su peso sobre su pata herida.

—¡Vamos!—clama el carretero,—este maldito no quiere levantarse. ¡Espera un poco! yo te daré valor; el látigo no te hace nada, sentirás la vara.

Entonces coge el látigo por el otro extremo para servirse del mango como de un palo; lo levanta con ambas manos sobre la cabeza del pobre jaco. Quiero retirarme, no quiero ver semejantes horrores, y sin embargo, una fuerza invencible me detiene clavada en mi sitio. ¿Qué hacéis, pues, vosotros? Véis que va á pegarle y os contentáis con murmurar, cuando lo que es preciso es obrar. Un hombre de co-

razón. Por favor, un hombre de corazón; no para so-  
correr al caballo, sino para castigar á ese infame. No  
es piedad lo que yo siento, es cólera, indignación.  
Un segundo más, y el mango del látigo va á caer de  
nuevo sobre el pobre animal, que ha cerrado los ojos  
y espera. Oigo un grito, ¡qué! ¿he sido oída? Un  
hombre acaba de pasar por entre la multitud, lan-  
zándose sobre el carretero y cogiéndole el látigo:

— ¡Te prohibo que pegues á ese caballo! — exclama.

— ¿Por qué te mezclas tú? — contesta insolente-  
mente el carretero.

— ¡Poco importa! obedece.

— Es mi caballo; estoy en mi derecho pegándole.

— Es posible; pero yo te lo prohibo.

— ¿Eres de la Policía?

— No.

— Entonces retírate.

— No me retiraré.

— ¡Ah! ¡cómo es eso! ¿No eres de la Policía y quie-  
res darme órdenes? Pues bien; vamos á reirnos aho-  
ra los dos.

De un brusco movimiento recobra su látigo de  
mano de quien lo tenía, da dos pasos atrás y lo le-  
vanta sobre su adversario. Yo lo miro también; es  
un joven de unos treinta y cuatro ó treinta y seis  
años, alto, un poco delgado, pálido, con grandes  
ojos negros muy dulces. Va vestido muy sencilla-  
mente, casi de negro; una levita le ciñe el talle, sus  
manos desnudas, pero lleva un par de guantes en  
la derecha. Si se empeña una lucha entre esos dos  
hombres, es evidente que el carretero llevará la  
mejor parte. Se diría que es un Hércules; sus puños  
son enormes, su cuello de toro y sus espaldas cua-  
dradas; una cabeza redonda cubierta por una mata  
de pelo, corto, rojo y duro. Tiene conciencia de su  
fuerza porque parece tener piedad de su adversa-  
rio; después de haberle mirado, se ríe de un modo  
insolente y exclama:

— ¡Vamos! quiero advertírtelo por última vez;  
márchate ó doy sobre tí ahora.

— Te desafío, — dice sencillamente el joven.

Se cruza de brazos, levanta la cabeza y mira fija-

mente á su adversario en los ojos. Yo creo que le in-  
timida con su sangre fría, el carretero parece corta-  
do. Pero algunos hombres del pueblo le rodean y pa-  
recen darle valor. Se forma corro.

— ¡Se batirán, no se batirán! — exclama un gra-  
nuja.

— ¡La blusa tiene miedo, — dice una voz!

— La levita es mejor, — dice otra.

— ¡Viva la levita!

Entonces, excitado de ese modo, el carretero en-  
rojece, blasfema y se lanza con la cabeza baja hacia  
su adversario. Este cuando la maza va á alcanzarle  
de lleno en el pecho, hace ligeramente un movimien-  
to, se echa á un lado, y el carretero, arrastrado por  
su propio impulso, cae pesadamente sobre el pavi-  
mento, al lado de su caballo.

— ¡Bravo! ¡bravo! — exclaman los pilletes.

¡Ya no piensan en la blusa ni en la levita! No ven  
más que al vencedor y le aplauden. Pero el hombre  
se ha vuelto á levantar. Cegado por la cólera, loco  
de rabia, mete mano al bolsillo, tira de navaja y  
avanza.

— ¡Guardaos, guardaos, — exclaman ahora por to-  
das partes, — que os va á matar! ¡Está armado!...

¡Salvaos!... ¡Que no es juego!... ¡Fuera el cuchillo!...

¡Es preciso detenerlo!...

— ¡Dejad hacer! — contesta el joven sonriendo de  
una manera encantadora.

Cuando el carretero, vuelto en sí, levanta su mano  
armada, él descruza tranquilamente sus brazos, los  
extiende, coge las muñecas de su adversario, las sa-  
cude violentamente para hacer caer el cuchillo que  
rueda por el suelo, y con dulzura entonces, sin opri-  
mirlo, como si se tratase de un ejercicio de gimna-  
sia, mientras la multitud maravillada aplaude, re-  
tuerce las muñecas del miserable con tal fuerza mus-  
cular, le ciñe los huesos con tal vigor, que éste des-  
vanecido, perdido y quebrantado se pone á gritar:

— ¡Por favor!

Entonces el vencedor, siempre sonriendo, arrastra  
al vencido cerca de su caballo, y mostrándose ex-  
clama:



— ¿Le has perdonado? Tú eras el más fuerte y le pegabas. De rodillas y pide perdón, no á este pobre animal que no te comprende, si no á Dios, al que has ofendido maltratando á una de sus creaciones. Vamos, de rodillas.

El carretero quiere resistirse. Pero bajo la lenta presión del que le tiene por las muñecas, sus brazos se encorvan, sus piernas flaquean y su cuerpo tiembla; al fin cae de rodillas. Entonces el joven abre las manos, suelta á su adversario, y éste vencido, dominado, sumiso, se levanta lentamente. Por todas partes estallan aplausos, y yo á mi vez, detrás de mi persiana, no puedo contenerme y exclamo:

— ¡Bravo!

— ¿Me habrá oído? Me parece que ha levantado hacia mí su mirada melancólica y dulce. Pero su misión no ha terminado todavía; se aproxima al carretero aún tembloroso y le dice:

— ¿Este carro y estos caballos son tuyos?

— Sí, señor.

— Pues bien; te compro el caballo que acabas de castigar; no vale doscientos francos; hé aquí trescientos. No quiero que te vengues ahora sobre esta bestia del trato que te he hecho sufrir. ¿Consientes?

— Es preciso obedeceros señor, — dice el hombre, volviéndose político como por encanto. — ¿Es que se os puede resistir?

— Entonces manos á la obra, voy á ayudarte. Un golpe de mano vosotros, — añade dirigiéndose á los espectadores.

En un abrir y cerrar de ojos el carro ha estado levantado, y el caballo libre de su pesada carga, sostenido por diez brazos se levanta poco á poco. Su nuevo propietario dice una palabra al oído de uno de los granujillas que le rodean, le pone una moneda en la mano y el caballo escoltado por el chico se aleja tranquilamente arrastrando su pierna herida. La multitud se ha disipado. El carretero pone en las varas uno de los caballos de la récuá, y el joven desaparece bien pronto en la dirección que ha tomado el caballo. Me parece que el pobre animal se ha vuelto para buscarle con los ojos. ¿Ha comprendido lo que

acaba de pasar? ¿Tendrán alma los animales? No trataré hoy de resolver esta grave cuestión. Estoy todavía emocionada por la escena á que acabo de asistir, y preocupada por esta idea: la fuerza física es una bella cosa. ¡Yo que la encontraba inútil antes para un hombre de mundo! Me había equivocado. ¡Ser fuerte y no tener aspecto de serlo, ser fuerte bajo apariencias elegantes y distinguidas, es soberbio!

.....  
¿Quién es, pues, ese joven? ¿Quisiera al menos conocer su nombre! Es bueno, bravo y generoso.

## V

15 febrero.

¡Al fin, ya le conozco!

Salía con miss Dowson cuando he apercibido una persona en la habitación del portero que parecía pedir noticias; me daba la espalda, pero yo he visto en alguna parte aquel talle, aquel busto. De pronto me he acordado. ¡Es él! el desconocido, no podía engañarme. Se ha quitado su sombrero y se ha arrimado á la pared para hacerme sitio; he pasado y me alejé cogida del brazo de miss Dowson. ¿Qué significa esto? ¿Qué viene á hacer á mi casa?

.....  
He querido esclarecer este misterio. Al volver, he tomado un aire indiferente y he dicho al portero:

— Ya sabéis que no se alquila, sin prevenírmelo, la habitacioncita vacante del quinto; quizás la necesite para mis pobres.

— Sí, señorita; ya me lo habéis prevenido.

— Es que tenía miedo; un señor hablaba con vos cuando he salido y temía que os la viniera á alquilar.

— ¡Oh! ¡Tranquífese la señorita! El vive ya en

la casa; es inquilino del fondo del patio, el señor Gérard; la señorita lo sabe bien; el señor Jorge Gérard, que habita con su madre el pabellón.

—Me tranquilizáis,—he dicho sonriendo para ocultar mi sorpresa y me he alejado.—¡Ah! ¡Es el señor Gérard! Estoy muy contenta; su madre me es muy simpática y debe ser feliz con tal hijo.

.....  
 ¡Ay! Tengo mucho que hacer; mi padre está ahora más tiempo fuera. He puesto, sin embargo, en juego todo para retenerlo y encantarlo, pero me es preciso confesar que no lo he conseguido. ¡Mis principios habían sido tan felices! Explotaba su afección para mí; no ha disminuido su afecto, pero he sentido que poco á poco, entre mi padre y yo, la conversación se hace más difícil. Pensaba que el recuerdo de mi madre sería un lazo sagrado entre nosotros; cuando evoco ese recuerdo, parece que en mi padre se evoca un remordimiento; frunce el ceño, se calla, mira al techo y no tarda en concluir la conversación por su medio acostumbrado: coje el sombrero y sale. Si al fin volviera calmado de sus excursiones por fuera... pero amenudo espío su vuelta y no vuelve hasta muy avanzada la noche; me riñe, no quiere que le espere así, y veo con desesperación que viene agitado, bronco, inquieto.

## VI

5 marzo.

En mi habitación continúan resonando los cantos de mi vecino; decididamente tiene más de un talento; bate á los carreteros con mano maestra y modula con una gracia exquisita sobre su piano las cosas más conmovedoras. Es un tórtolo que arrulla, pero que si hay necesidad se convierte en un león que

ruge. Es preciso que vaya á ver á su madre, puesto que ya le he anunciado mi visita, y ahora esta visita me intimida mucho. Después de todo se trata de una buena obra, y el pobre que debemos tomar bajo nuestra protección no debe sufrir mis tontas timideces pensionistas. ¿A dónde vamos á buscar ese pobre? La señora Gérard tiene los suyos; también tengo yo los míos, pero esto va á ser delicado y difícil. Yo no quisiera pobres de esos que pertenecen á la caridad pública ó privada y que han hecho de su pobreza una costumbre, ó por mejor decir, un oficio.

10 marzo.

Me he decidido y con miss Dowson he ido á visitar á la señora Gérard. Decididamente, su invernadero es delicioso; es imposible reunir en un espacio tan restringido plantas más maravillosas y agruparlas con más gusto. Las gentes que saben querer de este modo las flores, no pueden tener mal corazón. Temía encontrar al señor Jorge Gérard; no se ha presentado. Estoy descontenta, sin embargo, de no haberle visto de más cerca, de no haber podido hablar con él unos instantes. Estaba decidida á ser muy amable con su madre y no he tenido que esforzarme para sostener mi palabra. El principio ha sido lleno de expansión.

—Es muy encantador para vos, señorita,— me ha dicho la señora Gérard,— pensar en los desgraciados, vos á quien todo sonríe y en quien sería tan excusable el dejarse absorber por las alegrías de vuestra edad.

—¿No es, pues, señora, una alegría, y la más viva de todas, el tratar de aliviar la miseria? Vedlo; en este momento estoy ya recompensada de esta idea, puesto que me proporciona el placer de hablar con vos.

—Todo el gusto es mío, señorita. Vivo sola, huyo del mundo, y estoy decidida á no admitir en mi retiro más que un género de distracciones, que vos habéis tenido el buen gusto de apreciar; un poco de

hacer bien. Mi vida, muy triste, no puede tener otras alegrías.

—Muy triste, decís; antes, al atravesar este jardín que habéis convertido en un oasis, me decía que rodeada como estáis de hermosas flores, y viviendo en familia, lejos de los hechizos del mundo, se debía respirar aquí el aire del Paraíso.

—Tenéis razón, señorita, soy una ingrata para con la Providencia. Soy todo para mi hijo, y él lo es todo para mí. Estamos absortos uno en el otro, hasta el punto de haber hecho una ley de no ver á nadie y de no tener amigos.

—Encuentro que sois severa para con vos misma imponiéndoos ese aislamiento sin necesidad.

—¡Sin necesidad, decís!

Aquí los rasgos fisonómicos de la dama se han contraído y he visto las lágrimas subir á sus párpados, y ella ha exclamado con esfuerzo:

—Sin necesidad, como vos decís; es un capricho, pero más fuerte que nuestra voluntad.

Su voz era oprimida y he notado que había sido indiscreta, que por desgracia había tocado una cuerda sensible, y bruscamente me he detenido. Hubiera querido reparar mi torpeza y encontrar un asunto de conversación que fuese agradable á esta pobre señora. A riesgo de no aparecer bastante reservada, he hecho alusión á su hijo, puesto que era el solo medio de colocarse en un terreno que fuese con seguridad de su gusto:

—¿Os gusta la música, señora? —le he dicho.

—Mucho; pero tengo el pesar de no conocerla.

—Es quizás una condición mejor para gustar de su encanto. Un paisaje desconocido nos conmueve más que un sitio que nos es familiar. Vuestros autores favoritos, según creo, son Chapin y Beethoven.

Ella pareció sorprenderse de esto. He visto que acababa de ir demasiado lejos; he enrojecido hasta el blanco de los ojos. Me he levantado y salido algo confusa.

## VII

21 marzo.

¡Dios mío! ¿Qué pasa? Mi padre acaba de entrar en mi habitación y me ha dicho en tono que se esforzaba en aparecer calmado.

—Marcela, ¿tienes por casualidad en tus cajones algunos billetes de mil francos que no necesites? Dámelos, te lo ruego, tengo necesidad de ellos enseñada.

Estas palabras me han oprimido el corazón. Este misterio, que quisiera conocer, no quiero, no me atrevo á profundizarle. No veo más que una cosa: mi padre tiene necesidad de mi dinero y no cree deber hacerme más confidencias. No me es permitido interrogarle. Tengo todavía algún dinero en mis cajones, pero este dinero no es mío, pertenece á mis pobres; no solamente les está destinado, sino que les ha sido prometido. Cuentan con este recurso, y si les falta, ¿qué será de ellos?... no vacilo en poner mi pequeño tesoro á disposición de mi padre, quien lo ha contado y dicho:

—En fin, ¡esto será siempre esto!

Ha salido, volviendo al cabo de dos horas, y me anuncia una nueva que estaba lejos de esperarme.

—Parto, —me ha dicho; —voy á pasar dos ó tres días á Hamburgo. Te dejo con miss Dowson, que cuidará de hacerte olvidar mi ausencia.

Enseguida ha llamado á su ayuda de cámara, dándole órdenes y se ha alejado. ¡Héme ya sola! Tengo espantosos presentimientos. Un periódico que acaba de caer en mis manos, dice en la sección de anuncios de la cuarta plana:

*Hamburgo. La Administración ofrece á los viajeros las ventajas acordadas en los establecimientos más favorecidos.*

No lo comprendo. ¿Qué negocio puede llamar á mi padre á Hamburgo, donde no conoce á nadie? ¡Oh! ¡Es cruel ser mujer! ¡ser inútil! ¡impotente! ¿Por qué Dios no nos ha dado un corazón capaz de poder reprimir todas nuestras sensaciones, y al mismo tiempo de no comprender lo que pasa á nuestro alrededor? Veamos, veamos, quiero comprenderlo absolutamente todo, quiero tener el secreto de nuestro destino. Es imposible que Dios nos haya arrojado sobre la tierra para condenarnos á este pasivo papel, que nos haya dicho: *Sufrirás sin saber por qué. Tendrás nobles instintos, grandes aspiraciones; pero no podrás satisfacerlas, puesto que nada deberás conocer, saber ni hacer.*

30 marzo.

Ya respiro... Mi padre ha vuelto. No sé si está muy satisfecho de su viaje, pero al fin está aquí bajo mi mano, y me parece que no puede escapárseme. ¡Vamos! me espantaba sin razón. Ese viaje, después de todo, no ha sido largo y la soledad no me ha perjudicado, por el contrario, me ha dado ideas limpias sobre muchas cosas. Me queda un tormento: mi padre no me habla del dinero que le dejé y estoy muerta de vergüenza y remordimientos ante la idea de que voy á verme obligada á faltar á la palabra dada á mis pobres. He engañado á esas pobres gentes, en vez de serles útil. No me atrevo á visitarlas.

Lo que acaba de hacer mi padre es encantador y lleno de delicadeza. Hace varios días que yo sufría realmente, por causa de mis pobres. Me fue preciso, sin embargo, decidirme á subir á sus casas con las manos vacías. El primero á quien he abordado, roja de vergüenza, me ha sorprendido dándome las gracias, que en un principio he creído irónicas; pero no, había recibido la suma prometida.

—Y quién os la ha traído, —le he preguntado.

—Un señor muy distinguido que vive en casa de la señorita.

A mi segunda visita, el mismo agradecimiento,

igual asombro é idénticas explicaciones. No me ha sido preciso mucho tiempo para comprender que mi padre había encontrado un medio delicadísimo para devolverme el dinero que me pidió. He saltado de alegría; no solamente estaba libre respecto á mis acreedores, sino que he encontrado á mi padre como quiero encontrarlo siempre.

Había esperado que la señora Gérard me devolvería mi visita; hubiera querido verla durante estos días que me he quedado sola; pero no ha venido. El hecho es que ella me declaró lisa y llanamente que no quería amigos ni relaciones. Pero su hijo, ¿por qué condenarlo á esa vida de cenobita? He ahí un carácter singular. Es muy extraño y fastidioso, yo hubiera querido á esa señora.

Esperaba con alegría la vuelta de mi padre. En cuanto le he visto, le he saltado al cuello, diciéndole:

*¡Gracias! Me has hecho feliz. Que buena sorpresa me has dado, y cómo has sabido guardar el secreto! ¿Tu me espías, pues, para conocer también á mis pobres y poderles llevar el dinero que yo les había prometido! Miss Dowson me ha asegurado que no es ella quien te ha dado todas las noticias necesarias.*

¿Qué quieres decir? me ha dicho mi padre; ¿de que pobres me hablas? ¿De qué sorpresa? Te juro que no comprendo ni una palabra de lo que me cuentas. No, mi querida Marcela, no; desgraciadamente no soy yo quien ha llevado el dinero á tus pobres. Tengo estos días preocupaciones muy serias. Perdóname, hija mía, realmente estoy de muy mal humor.

Después de estas palabras, ha salido dejándome consternada. De modo que no me engañaba, mi padre sufre, mi padre es desgraciado, y yo no puedo hacerle nada. Pienso: ¿quién, pues, ha podido permitirse socorrer á mis pobres en mi nombre? Un señor que habita en nuestra casa, me han dicho. El señor Pablo Combes, quizás... No, un Médico hace bien de otra manera; visita á los enfermos... Entonces, si no es mi padre, si no es el señor Pablo Combes, será... es preciso, puesto que no hay otro